



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 18 No. 1

Marzo de 2015

LA ADICCIÓN: UN GOCE SECRETO DEL EXTERMINIO DEL SUJETO

Leticia Hernández Valderrama¹
 Facultad de Estudios Superiores Iztacala
 Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

El presente tiene como propósito hacer un aporte al estudio de las adicciones desde el marco teórico del psicoanálisis. Abordar como para el sujeto adicto, el tóxico llega a ser el objeto de una necesidad imperiosa, cuya satisfacción no acepta ser postergada ni la sustitución de su objeto. El adicto quiere con toda su alma la adicción de la que es víctima. En su dependencia muestra más allá de su deseo un hambre de vínculo, la droga le da uno nuevo, sin cuestionamientos, es un plus de gozar donde no hay ideales que perseguir, hay un divorcio y se puede prescindir del ideal, del Otro, de los otros, de todo. Es un no acatar la ley de lo simbólico, de prescindir de la sublimación, cambiando todo por el consumo y tener una relación intensa con el plus de gozar mortífero.

La manera de encarar desde el psicoanálisis estos casos no depende del uso de las drogas, sino de los reparos estructurales que permitan orientar la dirección de la cura para llegar a los significantes primordiales del sujeto, a las marcas fundantes de su posición subjetiva que le permitan enfrentar sus demonios al elaborarlos a través de la palabra.

Palabra clave: adicción, goce, tóxicos, alcohol, pulsión, perversión y sufrimiento

¹ Doctora en Antropología y Psicoanálisis. Profesor de Carrera Asociado "C", Tiempo Completo Carrera de Psicología, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México, Correo Electrónico: leticiahv05@gmail.com

THE ADDICTION: A SECRET JOY OF THE SUBJECT'S EXTERMINATION.

ABSTRACT

This paper has on purpose to make a contribution on the study of addictions from the psychoanalysis theoretical framework. To approach the way that the toxic substance becomes an imperative necessity to the addict subject, whose satisfaction doesn't agree to be postponed nor the substitution of its object. The addict desires with all his mind and soul the addiction he is victim of. In his dependence, he shows beyond of his hunger for link a new one, with no questioning, it's an additional pleasure where there are no ideals to chase, there's a divorcement, and the ideal can be dispense along with the Other, the others, everything. It's a manner of disobeying the law of the symbolic, to disregard the sublimation, replacing everything with consume and having an intense relationship with the deathly joy.

The way in which psychoanalysis faces these cases doesn't depend on drug use but on the structural conditions that allow to guide the direction of the cure, in order to reach the primordial significant of the subject, to the founding prints of his subjective position that enables the possibility of facing his demons to elaborate them throughout the word.

Keywords: addiction, joy, toxic, alcohol, real, perversion and suffering.

“No sólo se les debe (a las sustancias embriagadoras) la ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con ayuda de los “quita penas” es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación”.

*Sigmund Freud.
(El malestar en la cultura, 1929)*

*Embriáguense
Hay que estar ebrio siempre. Todo reside en eso: esta es la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del tiempo que nos rompe las espaldas y nos hace inclinar hacia la tierra, hay que embriagarse sin descanso.
Pero, ¿de qué? De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca.
Pero embriáguense...*

Charles Baudelaire

INTRODUCCIÓN

Desde un ámbito general y social podemos decir que el problema de las adicciones no es nuevo, en nuestros días es frecuente enterarnos de sujetos que se drogan, alcoholizan o consumen algún tipo de tóxico, y aunque es de dominio general que son “dañinas”, la gente sigue consumiéndolas. El problema no termina con tener conciencia de esto, antes al contrario nos percatamos que el consumo se ha incrementado, sobre todo a partir de que el Gobierno Federal iniciara su guerra contra el narcotráfico, generando un conflicto armado interno que se ha librado en México. El Gobierno Federal y los Grupos de Autodefensa Popular y Comunitaria están en guerra contra los cárteles que controlan diversas actividades ilegales, principalmente el tráfico de drogas que pretende apropiarse de los mercados. Esta situación genera conflictos en muchos sentidos a nivel político, económico, educativo, social, cultural, emocional y de salud, entre otros. La oferta que éstos tienen abarca todos los espacios de la vida humana desde los más “desordenados” hasta los más “virtuosos”: alcohol, tabaco, sexo, drogas, hidratos de carbono, pero también el trabajo y la actividad informática.

Si hay un mercado, es porque hay consumidores finales. El sujeto que se inicia en el consumo sustancias tóxicas, es probable que quede atrapado en ellas, y después ya no importe el riesgo que corra por obtenerlas e incluso por buscar combinarlas para sentir nuevos efectos.

A la cultura por su parte, le ha faltado proponer proyectos que anuncien un mejor futuro. Los sujetos se enfrentan a una carente economía, a la falta de trabajo, al derrumbe de las ideologías de progreso, a la desfalleciente fraternidad, etc., todo esto sumado a un paisaje desolador, donde los sujetos se han visto atraídos a encontrar en el consumo de sustancias químicas, el placebo que los aparte de la realidad y les haga más llevadera su existencia para poder soportar el “dolor de vivir”. Y aunque es frecuente pensar que es un problema de adolescentes, vemos que no es así, ya que es innegable, todos tenemos una cierta adicción a algo, adicción que solemos justificar

razonadamente. Es decir, el problema nos trasciende, lo encontramos en todas las generaciones en niños, adolescentes, adultos e incluso adultos mayores.

El presente artículo pretende reflexionar sobre esta problemática como uno de los fenómenos con los cuáles lidiamos a diario: el sujeto de la adicción. Un sujeto que consume drogas o tóxicos, que tiene conductas que lo alejan de la palabra - entendemos el significante “adicto” como: “a-dicto: sin palabra” para señalar como este sujeto se distancia del lenguaje- y se precipita al acto, afectando su vida y el lazo social con los otros. Para el psicoanálisis no sólo se trata de ubicar la estructura de un sujeto o de sólo tener sus síntomas para descifrarlos, como un fenómeno en el que hay que leer algo (una causa, un origen, un sentido, etc.), sino también para propiciar un encuentro con su palabra que sirva para resignificar algunos aspectos de su existencia o de sus síntomas que se hacen queja. Sobre esto esperamos que el psicoanálisis nos auxilie y tenga mucho que decir para entender lo que pasa con las personas adictas al alcohol u otras drogas, tenemos que ponderar la articulación entre teoría y clínica que fundamentan el trabajo psicoanalítico.

Vayamos por partes y partamos de hacernos ciertas interrogantes que trataremos de ir respondiendo a lo largo de este trabajo:

¿En qué momento el sujeto decide recurrir a la droga? ¿Cuál es la realidad buscada? ¿Qué oculta en la “sin palabra” el adicto? ¿Qué elementos de su estructuración psíquica afloran en el consumo de las drogas? ¿qué encuentra subjetivamente en los tóxicos?

SOBRE EL MALESTAR Y LA ADICCIÓN

No es raro encontrar datos en la historia de la humanidad que nos señalan el consumo de tóxicos o alcohol para enfrentar situaciones de orden de “lo natural”, de “*lo real*” de la naturaleza, pues se encuentra implícita la posibilidad de la muerte. Noé por ejemplo, se emborrachó, luego del diluvio. Toma un tóxico para festejar el “estar vivos”.

La cultura ha diseñado sus instituciones con el fin de regular el comportamiento de sus integrantes a través de la transmisión de normas y leyes. Una de ellas (quizá la más importante) es la familia como encargada de esta función; en su camino siempre aparecerán fenómenos adversos que enfrentar y que generarán displacer. Freud (1930) en “El malestar en la cultura”, describe lo difícil que puede resultar para el sujeto la vida y sus restricciones, y dice: “La vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Nos impone normas necesarias para regular los vínculos recíprocos entre los hombres. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes. Los hay quizá de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valorar en poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas”. Algo de este tipo es indispensable... una distracción es también la actividad científica. Las satisfacciones sustitutivas, como las que ofrece el arte, son ilusiones con respecto a la realidad, más no por ello, menos efectivas psíquicamente, merced al papel que la fantasía se ha conquistado en la vida anímica. Las sustancias embriagadoras influyen sobre nuestro cuerpo, alteran su quimismo. Por ello mismo, el conocimiento y la ingesta de tóxicos siempre ha tenido lugar en la vida de los seres humanos como buscando cancelar un dolor de existir. El costo de vivir en la cultura tiene que ser pagada a fuerza de reprimir la satisfacción de ciertas pulsiones. Lo que Freud nos plantea es que el malestar es ineludible y constitutivo, es un costo que el sujeto debe pagar por humanizarse y estar dentro de la Cultura.

La familia es el primer lugar donde se crean vínculos entre los seres humanos, se hacen recíprocos y profundamente influidos los unos por los otros, buscan la satisfacción pulsional que los bienes existentes hacen posible. Por una parte, siempre se está jugando el tema de lo prohibido y lo permitido. Por la otra, el cómo aceptamos o no la norma o de qué manera nos relacionamos con ella. Siendo prácticamente imposible vivir aislados, los seres humanos sienten una opresión abrumadora por los sacrificios a que insta la cultura a fin de permitir su convivencia. Cabe preguntarnos ¿qué sucede con los sujetos que no aceptan las normas?, ¿es el consumo de tóxicos

un mecanismo para disminuir las exigencias que sienten sobre sí, de las demandas de la cultura representada por el Otro² y de esa forma disminuir el malestar de vivir?

Es necesario tener presente los medios de los que se valen los sujetos para aligerar la vida cuando la sienten “demasiado pesada”. Freud habla de “satisfacciones sustitutivas” y sobre todo los narcóticos, el amor, la religión, el delirio o la sublimación. En el caso de los narcóticos señala que el peligro está en romper el lazo con la realidad y sustraerse de ella.

De acuerdo con García Téllez (1999), esto nos lleva a considerar la relación que puede existir entre el perverso y el toxicómano, que toman la cuestión de la felicidad y la sacuden muy fuerte entre sus dos extremos: evitar el dolor y buscar fuertes goces, ahí los dos términos se unen y el torbellino se desencadena: evitar el dolor en un goce³ que tiene por efecto el dolor... el de la “necesidad”, justamente; el dolor del vínculo demasiado tenso. Observamos una voluntad de poder, de ingerir lo que no le hará bien, pero que se envuelve en una voluntad de goce.

Pasaría a ser una enfermedad de la voluntad en la que el goce inherente descarna el enfoque de la felicidad, lo pone al desnudo; reduce las diferencias (de tensiones y de juegos) un desacuerdo único, absoluto: de flash-necesidad, vida-muerte... sólo que ahí tenemos que pensar las discrepancias de lo que el sujeto se inventa para sí, a manera

² El Otro es una concepción lacaniana del significante, implica una relación estructural entre el deseo y el “gran Otro”. Es propuesta como un espacio inaugural de significantes que el sujeto encuentra desde su entrada en el mundo, se trata de una realidad discursiva, simbólica con normas, reglas y leyes. El Otro en un primer momento estará representado por la madre. Después es el significante del Nombre-del-Padre que como “significante en el Otro es el significante del Otro en tanto lugar de la ley”.

³ Lacan llama goce al límite del placer que el sujeto puede soportar, porque más allá de este límite, el placer se convierte en dolor, y este “placer doloroso” es lo que denomina goce: “el goce es sufrimiento”. El término “goce” expresa la satisfacción paradójica que el sujeto obtiene de su síntoma o, para decirlo en otras palabras, el sufrimiento que deriva de su propia satisfacción (Freud, lo llamó “la ganancia primaria de la enfermedad). La prohibición del goce es inherente a la estructura simbólica del lenguaje, en virtud de la cual el goce está prohibido para aquel que habla como tal (E. 319). La entrada del sujeto en lo simbólico condiciona cierta renuncia al goce en el complejo de castración, en el que el sujeto renuncia a sus intentos de ser el falo imaginario de la madre; “La castración significa que el goce debe ser rechazado para poder alcanzarlo en la escala invertida de la ley del deseo”. El goce es transgresor y tiene una senda hacia la muerte.

de una falsa felicidad que se liga a una manía. En ella, el organismo secreta su droga, se embriaga de sí... tener en sí con qué escapar de sí... ahí hay recursos...

Es decir, el toxicómano se vuelve la fuente y el objetivo: es estar autoconectado. Es vasto, es el vértigo de la necesidad: satisfacer las necesidades creadas expresamente para el placer de estar satisfecho; es él, publicitándose a sí mismo, es un mantenerse ahí, desconectado del lazo social, es un denegar su compromiso con los otros.

Por otra parte, también debemos considerar la propuesta que hace Freud en "Introducción al narcisismo", en relación a lo que llama "neurosis narcisistas" donde no hay un lazo transferencial, el sujeto no ha establecido un lazo con el Otro simbólico, éste está forcluido⁴.

Así vemos, que reflexionar sobre el problema de las adicciones no es tarea sencilla, ya que ésta tiene una dimensión real, imaginaria y simbólica. Lo que nos conduce a la pregunta de ¿si la adicción es un síntoma o una conducta? ¿Si está más ligada a la neurosis, a la perversión o a la psicosis? Si es una conducta, entonces desde dónde el "yo" toma una decisión que lo afecta, ¿qué falló para que tuviera una salida por el lado del síntoma? Tenemos que considerar que hay casos extremos, donde se busca una ruptura total del lazo con el Otro con lo simbólico, quedando sólo en lo real de su goce. Vayamos un poco por el lado de la falla en el síntoma.

LA FALLA DEL SÍNTOMA EN LA ADICCIÓN.

Freud con su descubrimiento del inconsciente evidenció que los síntomas son el resultado de la condensación y el desplazamiento de un deseo reprimido, y afirmó que "*ello habla*". Así el síntoma pone en evidencia un decir sin palabras, una verdad singular de cada sujeto. Para Jacques Lacan en sus primeros tiempos, mencionó que el síntoma tiene como estrategia enmascarar un deseo reprimido que se presenta

⁴ Lacan identifica la forclusión (Verwerfung) como el mecanismo específico de la psicosis, en el cual un elemento es rechazado fuera del orden simbólico. No está exactamente claro qué es lo repudiado; puede ser la Castración simbólica, la palabra misma (S1, 53), o "el plano genital" (S1, 58). El significante fundamental que ha quedado excluido es el del Nombre-del-Padre.

como metáfora. El síntoma que como una palabra amordazada, deformada y transformada busca recuperarse en el desciframiento de su forma metafórica y metonímica en su incesante búsqueda de satisfacción. Es una palabra que sólo puede recuperarse mediante sí. Esta verdad va a presentarse, en principio, como un significante reprimido, como un capítulo tachado o arrancado de un texto.

Años después en Radiofonía y Televisión (1977), Lacan postula el concepto de verdad no ya como un significante reprimido, sino como aquello que queda inevitablemente excluido de toda articulación significativa. Aquello que no puede ser dicho cuando se habla y que excede todo saber. El enigma y el mito son el paradigma del decir a medias de la verdad, Lacan dice: "la verdad no toda", porque siempre algo queda fuera de la palabra que tiene que ver con "*lo real*"⁵. Se articulan así síntoma y verdad: el primero vehiculiza una verdad poniendo en evidencia un saber reprimido y a la vez aquello que excede todo saber.

En su opacidad el síntoma encarna una verdad que contiene todo un sentido gozoso para el sujeto, por eso también pasa a ser lo que se opone a todo intento de saber. Podríamos decir de acuerdo con Lacan: es un indicador de que "algo no marcha", "no anda". Ahí fracasa toda pretensión hegemónica del saber.

En las adicciones no vemos al síntoma metaforizado corporalmente como un deseo reprimido. Es una conducta realizada por el sujeto, conducta que está fuera del cuerpo. Entonces ¿qué goce mortífero se encuentra en ella para que voluntariamente el sujeto haga padecer su cuerpo? ¿Cuál es la verdad que subyace en el adicto? ¿qué tipo de satisfacción pulsional⁶ está en juego?

El sujeto de manera voluntaria introduce drogas o tóxicos en su cuerpo. Entonces se evidencia que hay un "fracaso del síntoma" en correspondencia con la dificultad de

⁵ *Lo real*, como lo incognoscible, inasimilable e irrepresentable para el sujeto.

⁶ Lacan menciona que todas las pulsiones son pulsiones sexuales, y toda pulsión es una pulsión de muerte. Puesto que toda pulsión es excesiva, repetitiva, y en última instancia destructiva (Ec. 848). Las pulsiones también están estrechamente relacionadas con el deseo.

hacer real la palabra. “Palabra muda” que tampoco dice por qué de su consumo. Es un tiempo donde la palabra no vale, es un equilibrio inestable, un tiempo en el cual el síntoma, no logra estructurarse, o no logra ser tramitado, y que se reduce a la dimensión del actuar, como acción de drogarse, al modo del *acting-out*⁷ o del más dramático “*pasaje al acto*”⁸ donde se pierde de la realidad en un delirio diabólico y asfixiante.

De acuerdo con Freud (1926), en su texto de “Inhibición Síntoma y Angustia”, la conducta adictiva es pensable como una conducta voluntaria, a manera de una puesta en escena. El adicto realiza un acto, es lo esperado y lo evitado al mismo tiempo, en tanto siempre implica la denegación de la castración. La inhibición, con la que comienza la matriz, produce un recorrido que puede desembocar en la alienación (pasaje al acto) o en el desconocimiento (*acting out*), sin alcanzar el estatuto del síntoma. Buscará estas salidas antes de mantenerse o enfrentar la angustia de su castración que se torna insoportable para asumir su condición de sujeto barrado (\$). Podemos decir que el sujeto se refugia en el consumo de drogas por la imposibilidad de simbolizar su relación con el Otro, y/o con la vida en general. Se establece un tiempo fuera, de espera, de demora, de apertura a diversas actuaciones peligrosas, donde la pulsión de muerte lo acecha y lo puede llevar a un pasaje al acto sin retorno.

Sin lugar a dudas el adicto busca “algo” en las drogas ante su carencia en ser, su yo se siente amenazado ante las demandas alienantes del Otro, siente no tener con que

⁷ Desde la perspectiva lacaniana el “*acting out*”, se produce cuando el Otro se ha vuelto “sordo”, y el sujeto no puede transmitirle un mensaje en palabras y se ve obligado a expresarlo en acciones. De modo que el *acting out* es un mensaje cifrado que el sujeto dirige a otro, aunque el sujeto mismo no es consciente del contenido de este mensaje, ni siquiera se percata de que sus acciones lo expresan. El desciframiento del mensaje se confía al Otro (analista).

⁸ La frase “*pasaje al acto*” proviene de la psiquiatría clínica francesa, utilizada para designar los actos impulsivos de naturaleza violenta o criminal que a veces indican el inicio de un episodio psicótico agudo. El sujeto de una idea o intención violenta pasa al acto correspondiente. Lacan va a decir que es una recurso ante la angustia y que a diferencia del *acting out*, donde el sujeto todavía permanece en la escena, en el *pasaje al acto* supone una salida total de la escena. El *acting out* es un mensaje simbólico dirigido al gran Otro, mientras que un *pasaje al acto* es una huida respecto del Otro, hacia la dimensión de lo real. El *pasaje al acto* es una salida de la red simbólica, una disolución del lazo social. Entraña una disolución del sujeto, por un momento, se convierte en puro objeto.

responder. Las drogas aparecen aquí como un camino que lo aleja de la palabra y le promete otra realidad, donde nadie cuenta más que él.

Sobre esto Sylvie Le Poulichet (2012), emplea el término "operación farmakón" para dar cuenta de esas actuaciones de las que se vale el adicto, de esos montajes, cuyo objetivo es el sostén de las llamadas "formaciones narcisistas" que, a diferencia de las "formaciones del inconsciente", resguardan un equilibrio precario del ego: alguien puede imaginarse como siendo uno, sin falta, sin división. A diferencia del síntoma, que dice de la escisión subjetiva, aquí se trata de dar forma y consistencia a un Yo Ideal que intenta paliar la amenaza de algo insoportable. Lo insoportable de la castración que lo pone en peligro y ante lo cuál no encuentra defensa, es lo que va a diferenciar los montajes, Poulichet los llama suplencias⁹.

Para Poulichet la droga aparece como un mecanismo cuando el sujeto se siente en riesgo. Es como un intento de dominio sobre el cuerpo que es ajeno y enigmático. El adicto recurre a la droga como suplencia cuando está ante el riesgo en la autoconservación, es decir, riesgo de su existencia misma. Es un intento de dominio sobre el cuerpo. Es a manera de suplir la carencia de Otro garante de la funcionalidad de su cuerpo y de su mente. La droga promete ese dominio pero obliga al sujeto a no poder descansar en el Otro. No es el hacedor de él mismo, pero tiene que ser su constante vigía y guardián.

LO IMAGINARIO DEL CONSUMO

La droga es el artificio que disfraza la realidad, oculta la miseria del sujeto quien pretende a toda costa huir de ella, le presenta un mundo sin cuestionamientos, ni exigencias. Recurrir a la droga aparece como una promesa de felicidad, no importa que sea pasajera, lo que busca es que lo cure del desempleo, del maltrato, de la violencia de otros e incluso hasta para obviar el cansancio del cuerpo. El malestar empuja a la experiencia de las drogas, así sea las drogas blandas, ante la dificultad de la vida, de la muerte, muchas veces se recurre a tranquilizantes, somníferos, antidrepsivos, y en

⁹ El término suplencia es del significante que se encuentra fallido o forcluido, se trata del significante del Nombre-del-Padre.

ellos, el sujeto busca olvidarse de los problemas y hasta de sí mismo, se busca mucho más que una distracción hipnótica. Quizá con ello se explica la contradicción de la ebriedad con droga o vino en tanto que por sólo un instante la ebriedad resguarda el dolor de vivir porque a la vuelta viene la caída y todo sigue igual.

Ejemplo de ello tenemos a Charles Baudelaire, quien se interesó por la experiencia poética del vino y la ebriedad, no sólo como un estilo de vida, sino que lo llevó a la escritura en distintos versos y cantos como son *“El vino del asesino”* o *“El vino del solitario”*. Para él, la ebriedad abre la experiencia de lo infinito y la pasión por la belleza exaltada. El consumo de vino y la ebriedad lo llevan a ese paraíso de excesos que se convierte en una peligrosa y deliciosa búsqueda de la sensibilidad humana. Imagina la exaltación que convierte a los hombres en ángeles terrestres llamados a la excitación de los sentidos divinos; pero el crudo despertar del día siguiente es desolador; el desasosiego inflamado le hace hundirse en el más triste desconsuelo porque todo ha sido pasajero, nada ha sido real, ¡todo imaginario se destruye al despertar!

Acaso para el adicto sea la droga una forma de soportar el dolor de vivir. Sin embargo, con la drogadicción y el alcohol, no solamente se goza, si consideramos lo dicho por Baudelaire, que señala una dimensión de la conciencia ebria, que tiene que ver con los paraísos artificiales y con la caricia a lo infinito, con el derroche en el carnaval con la música de dios; con parir flores”. O lo enunciado por Nietzsche que aborda la dimensión contraria que desemboca en lo infernal, y apunta al “desconsuelo, a los ciclones, donde no se vuelve sin cicatrices, a los naufragios nocturnos, en una palabra a los infiernos terrestres e internos”. Heli Morales (1998), comenta que en la conciencia ebria “hay luz y oscuridad, hay exaltación gloriosa y hay un horroroso vacío”. Dice: “el exceso es paraíso e infierno, dolor y caída, derroche y diseminación en el desasosiego”.

Debemos pensar en lo ilusorio que conlleva tanto la ebriedad como el consumo, de acuerdo con Baudelaire, la ebriedad cobija la esperanza de que con unas cuantas monedas se puede evitar el tormento de vivir, y el riesgo de la libertad, la libertad de

elegir, porque bajo este imaginario del consumo la imagen se agranda y no solamente se pernocta en el paraíso, sino que se experimenta a sí mismo como el dios que lo habita, y se llena de vanidad divina. El adicto que se siente y mira a sí mismo, difícilmente puede trabajar o convivir con otros, paulatinamente se va empobreciendo de la voluntad humana y termina pagando con aislamiento y soledad.

El uso de la droga convoca al hombre a la sombra de una soledad especial. La pregunta entonces se sostiene y nos atraviesa ¿es la droga una alternativa ante el sufrimiento de vivir? Si la ebriedad rompe con los límites de lo social, de la sobriedad requerida para ser incluido, si se carece de la razón, por tanto, el juego que inaugura el adicto está lleno de riesgos, el principal es la posibilidad de caer en el abismo, en el vacío y en un desconsuelo de existir sin límite.

Del mismo modo Nietzsche (1997) señala el placer del que habla Baudelaire, pero también del espanto y el dolor; y escribe: “La ebriedad del sufrimiento con la omnipotencia de su ser, penetra en los pensamientos más íntimos de la naturaleza, conoce el terrible impulso hacia la existencia y a la vez la incesante muerte de todo lo que comienza a existir.” Vemos que la ebriedad tiene por meta vivir la experiencia dionisíaca, donde busca el goce extremo, que por ende, lleva implícita la desgarradura del sujeto, el caos, el desorden que perturba lo cotidiano. Porque una vez experimentados los matices vitales e inmortales de la ebriedad se asoma la fragilidad de los valores que constituyen la fortaleza de la vida. Ya que ante un evento que nos afecta en lo cotidiano, la solidez de los espacios de la sobriedad, se pueden derrumbar en un instante. Esta es la usanza trágica de la existencia.

De esta manera la droga y el vino resguardan por un instante del malestar de existir, pero a la vuelta aguarda la caída, el regreso al mundo, el retorno a lo mismo, pero además trastocado. Heli Morales señala: “Lo terrible es retornar al mundo donde su mismidad es lacerante, lo cotidiano se muestra bajo un rostro lleno de cicatrices y máscaras ridículas, las legalidades aparecen desenmascaradas en sus falsas morales, la soledad del regreso se enfrenta a la comedia de la ciudad y sus conglomerados.

Aparece el vacío y junto a él la violencia de lo absurdo de la vida”. “La verdad de lo que el ser es, no deja de golpear la existencia del viajero, lo familiar resulta extraño, y lo extraño un nuevo elemento de lo cotidiano.... Así el retorno del éxtasis, del exceso, tensa el mundo familiar y lo empuja a un territorio donde la extrañeza ocupa una posición singular de arlequín peligroso”.

Al despertar a la sobriedad el sujeto se percata de algo que sucedió durante su exceso. Eso se instaura en un lugar que la memoria sobria no puede recuperar, él se siente inocente, pero a la vez culpable, es como si otro lo hubiera realizado. El yo del sujeto se acongoja ante la intromisión de una realidad que desconocía y, sin embargo, no puede negarse como verdadera porque lo cuestiona sobre su responsabilidad. El olvido le da una salida, pero también es la muestra de que el yo pierde su poder de control y regulación. El olvido marca su fragilidad ante esta realidad.

EL GOCE DEL SUJETO DE LA ADICCIÓN

¿Por qué calla el adicto? ¿Será porque la palabra-muda lo mantiene enlazado a su goce y al hablar puede desligarse de él?

Francoise Dolto (2010), menciona que hay dos posiciones de inicio en el sujeto de la adicción. El primero generalmente parte del de tener control de la entrada y salida del consumo de la droga o diríamos del goce de ella. Maneja previamente una idea o fantasía que lo seduce sin entregarse, hasta que se presenta una situación que siente lo orilla al consumo. Y el segundo, el sujeto que antes de probarla ya está comprometido en un proceso psíquico y afectivo, que a la menor dificultad, se sentirá inducido a huir de la realidad y caerá en la dependencia del consumo, aún creyendo que podrá dejarla, no es así, su yo pende de Otro. El Otro del que no puede librarse y que estará en la escena de su fantasma¹⁰. Así, pretendiendo controlar la situación, termina siendo arrastrado a un goce sin dicción, sin palabra, que se apodera de él.

¹⁰ El término fantasma es un concepto que emplea Jacques Lacan, y que acompaña la concepción de estructura clínica; uno y otra son concebidos como modos relativamente estables de defenderse de la castración, de la falta en el Otro. Cada estructura clínica tiene entonces que distinguirse por la manera particular en que emplea una escena fantasmática para velar la falta en el Otro. El fantasma es lo que

Hemos dicho como un sujeto tiende a ser presa de las drogas, a convertirse en un adicto, un dependiente del alcohol o de los tóxicos, que intenta conseguir a cualquier precio. La droga es la única esperanza de someter su incomodidad de existir a un silencio, es el remedio de un sufrimiento intolerable, donde pierde el poder evocador de las palabras porque fija lo indecible en una operación, es el momento mismo donde se produce una fractura, una rotura con la palabra, pues entrega su palabra y pensamiento al efecto que le produce la droga que ahora es lo que lo sostiene. La droga pasa a ser ese objeto que necesita consumir, de lo contrario, todo será mortal; es la esperanza de ese momento fugaz de apaciguamiento en el que se ha quedado fijado, un instante esperado de corriente circulatoria intensa y gozosa que le hace sentirse aliviado. ¿De qué tipo de satisfacción se trata?

Néstor Braunstein (1990) en su libro "Goce", no ve la adicción como de una estructura particular, ya que ésta representa una vía de acceso privilegiada y directa hacia el goce. La droga es ingerida por el sujeto como la promesa de un paraíso donde el Otro es sustituido por un objeto sin deseo, ni caprichos. Sin embargo, el Otro sigue estando con sus demandas sobre el sujeto, le pide se inscriba en orden simbólico bajo las emblemas del trabajo, del amor, la paternidad, la maternidad, la decencia, la docencia, etc. Es el Otro aunque tachado que impone su ley hacia al sujeto, trata de hacerlo responsable de su posición de sujeto, es el Otro quien pide cuentas del paso por el mundo, cuentas que se convierten en una deuda simbólica, que el drogadicto impugna y no quiere pagar. El cuerpo en la adicción está como asiento del goce sin sujeto, fuera del discurso y rechazado el vínculo social, es él, la prenda que se entrega a cambio de la deuda simbólica.

El estar sin palabra y buscar a toda costa apartarse del Otro y los otros, irremediamente demuestra que algo falla en el vínculo con ellos. Los adictos se encuentran sin palabras, repudian hablar, evitan los cuestionamientos, evitan pensar o

permite al sujeto sostener su deseo y también "aquello por lo cual el sujeto se sostiene a sí mismo en el nivel de su deseo que desaparece". Lacan sostiene que más allá de la miríada de imágenes que aparecen en los sueños y en otras partes, hay siempre un "fantasma fundamental" que es inconsciente y que matiza la forma de ver la vida y al cual defiende para mantener sin alteración su modo de goce.

asumir la deuda con el Otro, Se paralizan frente a los aparatos televisivos o tecnológicos diseñados para atrapar y satisfacer sus deseos más inmediatos sin que tengan que moverse. Su vocabulario se empobrece cada vez más porque la voracidad de los audiovisuales los mantiene en un estado hipnótico, viven en un mundo imaginario no verbal, para soportar, la dificultad de hallarse con otros.

La droga llega a ser el objeto de una necesidad imperiosa que no acepta ser diferida ni remplazada. La satisfacción demandada no acepta ni la postergación ni la sustitución del objeto. Tenemos ahí una diferencia radical entre el objeto de la toxicomanía y el objeto de la pulsión o del fantasma. La falta que experimenta el sujeto no tiene que ver con el objeto perdido, sino con el objeto de su ansiedad-necesidad que compra en el mercado a un desconocido. Braunstein en el mismo texto, señala: “En tal sentido la droga enmascara o sustituye al deseo inconsciente que queda más desconocido que nunca tras el objeto de la demanda. Se trata de una necesidad planteada en términos absolutos, de vida o muerte: o hay el goce químico o hay la nada.” Como vemos, la droga se vuelve para el sujeto algo tan totalizante que abarca todos los espacios de su vida, se convierte en un sustituto -incluso- de su sexualidad misma, que carece de valor fálico. De esta manera la droga o tóxico le permite al sujeto apartarse de las obligaciones impuestas por el falo, él se crea su mundo donde sólo existe él para sí mismo. Es así que la droga se asemeja con el autoerotismo de la prohibición originaria: el sujeto se administra a sí mismo una sustancia que lo conecta directamente con un goce que no tiene que pasar por la aprobación o el forcejeo del cuerpo del otro; se consigue de tal modo el relevo de la sexualidad y de los encuentros amorosos.

Por su parte Lacan en la sesión de la Clausura de las Jornadas de Estudio de los Carteles de su Escuela, en abril de 1975, formulaba que la dificultad para nosotros, “*hablante ser*”, es la de sacar de la castración un goce, la de permitir que la castración y el deseo nos liberen de la angustia conduciéndonos hacia la investidura del cuerpo del Otro que simboliza la falta en el nuestro. Lacan concluye: “No hay otra definición de la droga que ésta: es lo que permite romper el casamiento con el pipi”. La droga es la pareja que sucede al divorcio del hombre o de la mujer con el orden fálico, con la

admisión de la falta. Es la promesa de un paraíso donde el Otro es sustituido por un objeto sin deseos ni caprichos, un objeto que deja el único problema de procurárselo a modo de mercancía. Y que no traiciona.

EL GOCE DE UN EXTERMINIO SILENCIOSO

Es de interés para el psicoanálisis pensar en el goce que el sujeto encuentra y sostiene a través de las drogas que ahogan su palabra y sus deseos, a la vez que lo conducen a un exterminio silencioso y progresivo. Braunstein agrega, que la ausencia de palabra en el adicto es un: “En vez de (como sustitución), en vez de la palabra (en lugar de...), envés de la palabra (al revés de...), es así como viene el goce coagulado en el síntoma neurótico y en la escenificación perversa. Es un goce que insiste, un goce maldito, más acá de la palabra, un puro ser, en el ser anterior a la falla que se produce en el ente por decirse. Es un goce incomunicable, que trata de sustraerse al intercambio simbólico.

Por un lado tenemos al neurótico que debe pagar un precio por pertenecer a la cultura, debe pasar por la castración; es obligado a desalojar el goce de su cuerpo, a manifestarse en un discurso donde, el objeto se constituye como perdido, instalándose en una formación fantasmática que llamamos realidad, a partir de recortar el goce se elige el modo de relacionarse con el objeto en tanto perdido. En el perverso adicto, no sucede igual, el rechazo al goce no es el mismo, hay un método de sustracción del sujeto al intercambio simbólico, hay una denegación de la castración que le favorece la conexión al goce, de manera semejante a lo que sucede en la psicosis donde hay un rechazo absoluto al reconocimiento y aceptación de la castración (lo simbólico está forcluido).

El sujeto de la droga-adicción o de la droga busca separarse del Otro sin palabras, en función de lo que la industria le ofrece, es algo que se trafica, y que ofrece satisfacer la demanda de una separación radical, aniquilando el pienso en beneficio del soy (cuerpo de desecho), cuyo goce se encuentra en el reverso de la palabra y sin la palabra. Separación que señala su oposición a la alienación que el Otro le demanda y al cual se ofrece como miseria, como muerto.

La droga tiene ese efecto de poder borrar al sujeto no sólo en su carácter discursivo, sino también aniquilando, borrando o disolviendo las huellas hechas por el lenguaje, y no precisamente por proceso de represión, sino debido al efecto de aniquilación por el tóxico que consume, y extermina a través de la dimensión alucinatoria que puede ejercer sobre él. Podemos decir que es un exterminio silencioso del sujeto ante su dolor o dificultad de existir, es un no poder separarse del Otro sino a costa de su propia muerte. El sujeto de la adicción le arroja al Otro su cadáver como carne o como palabra. En la drogadicción no hay muerto sino un darse por muerto, es decir, “soy drogadicto,” “soy alcohólico” es escabullirse por la pregunta por el ser, la droga lo cubre y de esa manera elude la cuestión. Su respuesta no pasa de ser una mascarada que de ser suprimida, surgirían las verdaderas preguntas sobre su relación con Otro y cuyas respuestas seguramente le serían insoportables. Su conducta es una forma de acceso privilegiada y directa al goce, a la vez, la forma de impugnar las exigencias del Otro y de la Cultura.

En coincidencia con lo comentado por Braunstein, el sujeto adicto al querer apartarse de la demanda del Otro, al no aceptar regirse por sus deseos, hace una operación que puede ser estrepitosa por medio del “pasaje al acto” suicida, el modo más radical de cerrar la puerta que, so pretexto de “no querer saber más nada” de los condicionamientos de la vida, de la aspiración rotunda al borramiento del sujeto en la cadena significativa, produce paradójicamente una inscripción indeleble. Pues el acto suicida conlleva con el apartamiento una impugnación feroz y despiadada del Otro y de su goce. El suicida mata, es un homicida que ofrece su cadáver como palabra. Con este acto, lejos de someterse a la demanda del Otro, le ofrece su cuerpo como desecho para marcar su tachadura, su inconsistencia. La carne putrescible se inscribe de modo indeleble como Significante de la falta en el Otro ~~S(A)~~ cuando no es más que silencio. Con este acto voluntario también se tacha al Otro de la Ley.

Es fundamentalmente en la psicosis donde queda abierta la constante amenaza de un goce que no está mediado ni por la palabra ni por los disfraces imaginarios. Esto hace real al peligro: ser en lo real, objeto de ese goce. Porque lo que se intenta en el

consumo es cerrar los orificios del cuerpo bloqueando la intrusión del Otro, o bien desapareciendo a la mirada de ese Otro, o negándose a escuchar sus demandas. El adicto se repliega ensimismado en el silencio, en un intento desesperado de crear un borde que lo diferencie, lo aisle y resguarde del Otro (seguramente son los casos más graves por la posibilidad de un pasaje al acto). El acto suicida destaca el nombre del sujeto, le devuelve su identidad, lo separa del Otro, de la entrega alienante, pero también muestra su imposibilidad para luchar por su ser.

En estos casos es muy difícil producir un borde, una contención si se trata de una psicosis, pero sí no lo es, y se trata de una falla de la función paterna que sólo compromete aspectos parciales de un sujeto, la droga interviene como suplencia e intenta remediar una cierta “apertura al goce”, aunque en ese lugar sea desbordante, podrá intervenir con el propósito de rescatar al sujeto y producir un vínculo a la vida, al otro, al lazo social.

La función que desempeñe el Gran Otro de la prehistoria del sujeto será promotor de patologías en un doble sentido, cuando su función queda por completo ausente, “forcluida” o bien, cuando en un lugar de omnipotencia no se mueva del lugar del que “sabe”, y en esta demanda insaciable, el adicto no pueda desprenderse de ella, ni considerarla ilógica o inconmable y se aferre a ella como si fuera lo único que poseyera, denegando su compromiso en el cuidado de sí.

EL QUEHACER DEL PSICOANÁLISIS

Como vemos el psicoanálisis tiene mucho que hacer, mucho que decir en el terreno de las adicciones. Debemos considerar que cuando un sujeto se presenta como drogadicto o alcohólico, pretende obturar la pregunta por su ser. La toxicomanía misma cubre y elude esa cuestión confiriendo una supuesta identidad la de un “drogadicto, toxicómano, alcohólico, farmacodependiente, etc.” que no pasa de ser una máscara que debe expulsarse para que las verdaderas preguntas del sujeto se puedan formular. El psicoanálisis desde su inicio con Freud y luego con Lacan nos propone también un

viaje, pero éste es al sujeto mismo de la adicción que se encuentra en una posición de goce al excluirse del mundo a través de su consumo.

El psicoanálisis tiene el compromiso de investigar qué ha depositado el sujeto en su adicción, que ofreciendo su cuerpo como carne putrefacta realiza un acto dirigido al Otro. El acto del adicto es un llamado que se exhibe en silencio para que un Otro se haga presente con su mirada y su poder. Es un llamado que a diferencia del síntoma, se muestra como acto, como un trazo que pretende ser leído por Otro, es a la vez una transferencia salvaje. Lacan en el Seminario X, "La Angustia" (2006), hace una afirmación que es pertinente recordar: "El síntoma necesita de la transferencia para ser interpretado (para que diga su verdad) pero en principio no necesita del analista para que se presente como el acting out". Hemos señalado, que el sujeto que logra estructurar un síntoma encuentra allí un modo de anudamiento y de sostén, una manera de contener lo reprimido. En el caso del adicto, no tiene la misma salida, él lo hace vía el "acting out" y, en el peor de los casos, en un "pasaje al acto" que nos da pauta de que el recurso del síntoma ha fracasado.

El psicoanálisis no puede quedarse en silencio. El trabajo del analista tendrá que ver con dirigir la cura para que el sujeto de la adicción pueda elaborar sus fantasmas. Tendrá que propiciar que desee hacerse hacia la vida, a partir de elaborar el dolor de vivir, abandonando el camino engañoso de los tóxicos, de esa vía fácil, falaz e inútil, creando para sí un lugar simbólico, que le permita asumir un compromiso con la vida haciendo un futuro distinto. Es decir, el psicoanálisis tendrá que penetrar hasta llegar a los significantes primordiales del sujeto, a las marcas fundantes de su posición subjetiva; haciendo que se enfrente a su demonios y pueda elaborarlos a través de la palabra.

El analista debe tener presente que no es tarea fácil, que las dificultades se presentarán en el camino de la cura, como la imposibilidad de querer renunciar al goce obtenido de las drogas, la imposibilidad singular de estructurar síntomas y de transferirlos, además de las demandas del contexto social o familiar que pueden

aparecer como obstáculo y no permitan su tramitación, pero no debe decaer su deseo de analizar como soporte de todo análisis.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Más que en ningún otro fenómeno, el consumo de las drogas nos introduce secretamente en los huecos infernales que el progreso va dejando, arrastrando un tratamiento del dolor y del sufrimiento que más se parece a una mercantilización de los problemas que a la búsqueda de su causa. Todo parece esperarse del objeto, nada del sujeto. Sujeto obligado a elegir, a reconocer no su deseo, sino los objetos para su consumo, para el reencuentro con su goce; las drogas siempre están al alcance de su mano, la oferta siempre está, él siempre tiene la forma de conseguirlas. La realidad social participa en sostener el problema; ahí donde venden, “nadie ve” y “nadie sabe”.

Nos encontramos que aparte de los falsos discursos políticos y económicos, hay un discurso publicitario basado en el bienestar obtenido por el objeto (alcohol o tóxico) adecuado a las necesidades en un medio ambiente que se pretende gentil y amable. En este sentido, el toxicómano como el perverso está a la vanguardia de una sociedad idealmente concebida para satisfacer el principio de placer evitando enfrentar la realidad. Acaso lo real de su acto, es la denegación del compromiso con su cuerpo, es el vacío de su palabra y la dificultad de enfrentarse a soportar sus carencias, su castración y verse tan distante de la promesa simbólica que él representa. Pero en su dependencia muestra más allá de su deseo que tiene hambre de vínculo, la droga le da uno nuevo, sin cuestionamientos aunque su costo es de carácter mortífero.

En la modernidad, ese goce del sujeto se ha convertido en un plus de gozar donde no hay ideales que perseguir, hay un divorcio y se puede prescindir del ideal, del Otro, de los otros, de todo. Es como un acto perverso al denegar la castración y/o al estar forcluida como en la psicosis, y por ende, no acatar la ley de lo simbólico, de prescindir de la sublimación, cambiando todo por obtener en la soledad la posibilidad del consumo de los tóxicos para alcanzar esa relación intensa con el plus de gozar. El consumo de los tóxicos o el alcohol evidencian lo real que espanta y dejan al sujeto en

un “sin decir”, que no es silencio sino suspenso, angustia, miedo. Se detiene su discurso, deja al sujeto en un acto sin palabra, donde es presa del silencio. Es la escena de un personaje mudo, sin disfraz, sin escritura.

Para el analista será complicado conducir al sujeto a un proceso desidentificador de ese “soy toxicómano, adicto, alcohólico”, y orientarse en relación a un Otro social, en un reencuentro con su deseo o la creación de nuevos ideales. Se tratará pues desde una operación paradójica subvirtiendo su posición interior del lugar que ha ocupado en aras de encontrar o construir uno nuevo. El análisis va en contra del consumo, tendrá que trabajar en el rescate de la posición subjetiva del toxicómano sin necesidad de proponer la abstinencia como una condición de entrada. El propósito será conducirlo a que se haga responsable de su goce y su deseo, a través de un proceso de historización que sólo será posible si tiene una convicción de reencontrar su verdad que le permita reinstalarse en las leyes de la palabra y de la cultura, dándose la oportunidad de crear una nueva forma de vida para sí.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Braunstein, N., (1990), "Goce", México, Ed. Siglo XXI.
- Dolto, F., (2010), "La causa de los adolescentes", Barcelona, México. Ed. Paidós.
- Evans, D., (2007), "Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano", Argentina, Ed. Paidós.
- Freud, S., [1926], Inhibición, síntoma y angustia en "Obras Completas", Buenos Aires, Ed. Amorrortu. 2010.
- [1930], El malestar en la cultura en "Obras Completas", Volumen 21, Buenos Aires, Argentina, Ed. Amorrortu, 2010.
- Freud, S., [1884], "La cocaína y el nacimiento del psicoanálisis", En Morales H., Gerber D., (coordinadores), "Las suplencias del Nombre del Padre", México, España, Ed. Siglo XXI, Coloquios de la Fundación, 1998.
- García A., (1999), El sujeto de la adicción, En Zardel, J., Flores, V. A., e Yrizar, R. E., (compiladores), "El sujeto y su odisea", Universidad Nacional Autónoma de México, Campus Iztacala.
- Lacan J., "Sesión de clausura". En Jornadas de estudio de los carteles en la Escuela Freudiana de París, abril de 1975, inédito.
- Lacan J., (1977), "Psicoanálisis Radiofonía & Televisión", Barcelona, Ed. Anagrama, p. 83.
- Lacan J., (2006), Seminario 10, "La angustia", Buenos Aires, Barcelona, México, Ed. Paidós.
- Le Poulichet, S., (2012), "Toxicomanías y psicoanálisis", Las narcosis del deseo, Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- Morales H. y Martinelli M., (1998), Caleidoscopio de la ebriedad, Freud, la cocaína y el nacimiento del psicoanálisis, En Morales A. H., Gerber D., (coordinadores), "Las suplencias del Nombre del Padre", México, España, Ed. Siglo XXI, Coloquios de la Fundación,.
- Nietzsche F., [1871-1872], "El nacimiento de la tragedia", Madrid, Ed. Alianza, 1997. p. 233.